Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

JORGE
REYES

QUITO
ARRABAL
DEL
CIELO

1930

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

860.1 (866) Reyes
R457
ej. 2

BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO - ECUADOR
COLECCION GENERAL
No. 5903 AÑO 1990
PRECIO ..... DONACION

0001195 — J.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

En este zaguán del libro, donde es necesario justificarse o hacer que los justifiquen, voy a confesar las dos o tres cosas con las que estoy de acuerdo por haberlas pensado tan largamente como para llegar a amarlas, lo mismo que a la mujer en cuya compañía sufrí y gocé un amor por demás grande. Conste que no pretendo patente de invención para mi manera de ser ni caer en gracia a nadie.

Alguna noche, metido en ese féretro que es el tranvía, produciendo la impresión de estar suspendido detrás de la ventana que es como la urna donde todos son epitafio de sí mismos, con el asombro de quien desde la orilla del charco aguaita a los que se

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

emporcan, cruzo la ciudad de punta a punta. No es la mayor frescura la de los anuncios de agua mineral ni la del viento entremetido que nos da un pregusto de la frescura del cielo; sino la de aparecer como muerto, como el muerto de quien nadie se despide con el sombrero y que se siente cómodo en su papel de muerto. Está, también, la delicia de ver el mar negro de la calle donde han encallado las casitas que, inútilmente, echan su pobre humo por la chimenea, y los faroles de esquina que son boyas de salvamento para nuestro cansancio. Es posible, además, cruzar la Recoleta, Santo Domingo o el Parque de Mayo, por ejemplo, llevando el convencimiento de que se los cruza sin necesidad de leer su nombre en los carteles de las bocacalles ya que todos los pormenores nos hablan claramente de esos sitios: los árboles que abanica el viento, las fuentes chillonas como mirlos, las balaustradas blancas y azules donde el sol encuentra más cariño, los indios tendidos como mercancías, el duro frontón de las iglesias, la ponderada imperfección de las calles. Poseemos un conocimiento tácito de esos lugares. Si encontramos un verso con dos fuentecitas repletas, cuatro árboles solos, un hombre de pie sobre unas piedras, como anuncio de algo, (el Mariscal Sucre es para nosotros un tipo y un tipo orinecido por la historia y sin perfil de héroe) y un portalón con avalorios y gritos y muchachas de senos como recién reventados (existen también rosas recién reventadas), com-

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

prendemos que el sitio conmemorado es la plazoleta de Santo Domingo. Sospecho que no serían de la misma eficacia cuatro versos en los que se ubique una novia soñada (no hay mujer que se decida a ser novia de un verseador cualquiera), con el premeditado fin de endilgarle un manojito de donosuras para congraciarse con ella, y un nombre de ciudad o de calle situado sobre ellos, para cumplir con ese reglamento de criollez que se han impuesto ahora un poco de señores que hasta antier miraban bajo la suela del zapato a quien se había metido en ese chiquerito, con sencillez. Soy incrédulo de la eficacia de esa labor por mi convencimiento de que no se realiza criollismo barajando, en un puñado de líneas retóricas, palabras que, más o menos, significan cosas de por aquí, con la intención de comunicar al lector unas tantas imágenes visuales y prestigiar dos o tres metáforas de difícil realización. En fin de cuentas, esto es todo lo que se ha querido hacer, descuidando la noble tarea de ensalzar los destinos de esas cosas y su imponderable resignación al desvencijamiento en que finalizarán. Creo que, con un poco más de austeridad, podríamos conversar con ellas, con el mundo de cada una de ellas y con su Dios y puede ser que se nos ocurriera algo cercano a la verdad del mañana y el pasadomañana que les está aguardando. Resumo así: pienso que el criollismo debe ser una bendición de nuestro vivir, hecho a punta de nuestras tristezas y nuestras alegrías

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

y santificado por nuestra pobreza. No requerimos para él palabras avaloradas ya y relumbrantes ni juegos de prestidigitación, por felices que sean; nos basta con las que se avienen con nuestra charla y las imágenes que se llevan bien con nuestra intimidad. Y ya que carecemos de varones ilustres y con las abuelas murieron los fantasmas, el criollismo debe ser la conversación de nuestro yo, la pifia de nuestro yo, su júbilo, su pena y su rencor, si cabe en él rencor.

Hablemos ahora de su impopularidad, que es la razón de su pobreza, por nuestra carencia de fé en él. Alguien, que no fué paisano mío, dijo, poco más o menos, que la fé es capaz para mover las montañas... Y esta eseveración está evidenciada por los místicos y, todavía mejor, por esa creencia en que nuestra novia es la más linda.

Impopular significa aquí, únicamente, que no es grato al pueblo y no es propiamente lo contrario de popular, ya que puede ser las dos cosas a un tiempo: referirse al pueblo y no ser grato a él.

La impopularidad de este criollismo que pretendo tiene su razón en la ninguna estrategia poética de que adolece. Conocida es la eficacia de ciertos vocablos sobre la sentimentalidad, siempre lista, del pueblo. Hablar, por ejemplo, de melancolía, de abandono, de amor olvidadizo que hay que ahogar en aguar-

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

diente, de cariño predestinado a eternidad, de luna empolvada sobre los tejados, de heridas que manan (creo que es el verbo acostumbrado) sangre, es suficiente para congraciarse con el sentir de todos, para dar cuerda a su facultad de quejumbre. Es zancadilla acostumbrada y de feliz resultado. Tarea retaca que no merece jalarnos del corazón. Sin embargo, nos resistimos a descubrir, por la rendijita de un verso, el más posible y verdadero desovillarse de una tristeza a lo largo de un período sin que tan siquiera se la haya mentado, ese desganado repantigarse de una desesperanza que tiene pudor de nombrarse con la palabra cruda, de mostrar su tragedia para inspirar conmiseración, labor esta última parecida a la de los pordioseros. Hace falta, también, el dulzón halago de la rima, la tramposa música del consonante, su truco hecho a punta de una palabrería especialmente confeccionada para versos. Miltón ya tuvo ocasión de condenar este chambón recurso y don Francisco de Quevedo y Villegas ejercitó contra él su ejercitada salacidad; no quiero, por tanto, machacar con él.

Y, finalmente, voy a recomendarme.

Este libro es una inutilidad de punta a punta. Sólo se mantiene a fuerza de su aventura, de su decidida aventura para

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

chantarse en la ciudad. Y conste que aventurar significa arriesgar, ponerse en peligro. En él hay, seguramente, un pocazo de hilachas. Pero, puesto en este trance, recordaré, para usté lector y para mí, ese jesuitismo de que el fin justifica los medios. Si usté se siente forastero en este libro tiene derecho a arrumbarlo. Yo sólo pido una media hora de amistad, un olvidarse del rencor de mis ojos para atender a la poca belleza de que es dueño y a las corazonadas que de ella tiene. A cada uno le asiste el derecho de hacer su poesía y yo estoy haciendo la que me ha tocado en suerte, pero sin güiros. Bien puede ser que no vuelva a charlar con usté, hipotético lector, a pesar de que me hallo de acuerdo con quien dijo: "Acaso no es el hablar en grande lo que hace grande al hombre? Por lo menos, cuando consigue que los demás le crean".

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Aquí estoy, aprendiz de pascante,
pescando panoramas a la orilla del día
con el anzuelo de mis ojos tristes.
¿Quién soltará el cometa de la mañana
desde el otro lado de la montaña?
¿pregunta usté si el sol es la rodaja
de la espuela de oro de los ángeles,
si el único caballo del pesebre del cielo

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

será el de Napoleón Bonaparte?
¿le duele esa alegría que han izado los niños
—marineros en tierra—
en los más altos mástiles del grito?
Lo que es yo, estoy contento;
frente a la vida guardo la actitud del chalán frente a los potros chúcaros;
tengo ambiciones, cabello corto, barba;
he roto ese retrato de fraile que es mi infancia;
soy como deben ser los hombres.
Del cordel de mi risa
está sujeto el globo más alto de la noche,
mientras mis palabras crecen hasta donde los párpados se entornan
y mi actitud nace bajo los dedos largos del recuerdo,
quemantes como la desesperanza o la resignación, que da igual.
Lo que yo pienso puede estarlo pensando Dios mismo,
El que no tiene recuerdos
y es capaz de restarme todas las noches del mundo
—predestinadas a justificar mi tristeza—
deliberadamente.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Hasta antier calzaba espuelas
y el viento se enancaba en mi caballo
—que daba pena el pobre arreando sus mulas
con el hacial de su silbido—,
cuando la noche saltamontes me trincaba sin techo
dormía sobre el poncho de la tierra
tapado con el poncho ahujereado del cielo
—todo hueco de poncho parece chaquiñán de alguna bala—;

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

la tarde, entre las seis, la hacía una guitarra
por donde iba la tropa de mis dedos
como se va, culebreando, por los caminos de un cuerpo de mujer;
la noche era una condescendencia de estrellas
para distraerse como en las novelas románticas,
exhalaba un tufo de suspiros la alhacena del pecho
olor a ternura de distancia o amistad olvidadiza,
talvez a gusto del mundo que siempre está esperándonos
como esas mujeres de zaguán que cargan nuestras horas
y se resignan a la gravitación de nuestro deseo.
No quiero recordar la madrugada
espumosa como la leche o la saliba en la boca de los muertos,
cuando yo nacía a la intranquilidad de estar vivo
junto a un pecho indescifrable,
mientras mis sueños giraban entre mi potro y ella,
sin entusiasmo, como los caballos en el circo.
Ahora soy un hombre en el mes de junio,
que admite las victrolas en el desarrollo de la noche,
a la hora en que las mujeres no pueden ir de compras
y los centinelas desventurados sujetan las riendas del sueño
y es preciso orinar.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

d e l c i e l o

Quito, arrabal del cielo
con ángeles que ordeñan en los corrales húmedos del alba,
niñas despiertas en los zaguanes
con los senos crecidos entre las palmas de las manos,
frailes de bruces en sus noches solitarias,
mientras los campanarios apuntalan el cielo
mujeres torvas suspendidas de las ubres de las campanas,

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

patios que comentan las noticias,
cerros para orear las casas,
ventanas que amarran a los vecinos
con el lacito de las miradas
y, en la fiestita clara de la calle,
soldados de aserrín y muñecas con música
y una cantina desvelada.
Ah! y yo, de adrede, silbando como un sastre
para que se abra una ventana.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Sebastián de Benalcázar
—uno de dos gemelos echados bajo la cruz negra de Castilla
al abrazo sin nombre del mundo,
la mollera empapada de cielo,
innobles como una mala palabra,
alegres como la amistad de sus padres—
no podía lanzar todavía la honda
ni correr tras las cabras cuando ya era huérfano.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Creció entre coscorrones,
volteando los pájaros a pedradas
y sano lo mismo que el pan negro.
A la orilla del alba,
cuando el viento golpea el bosque como una hacha,
rompe en leña los troncos
y tarde, perfumado de bosque, la acarrea
sobre el borrico que, derrumbado en un hueco,
extiende en un buen día la pata como un hombre.
Bordoneando caminos desemboca en Sevilla
con el vientre en un hilo y una barba de lego
y engancha su destino de juerguista a Pedrarias
lo mismo que cualquiera escupe sobre el suelo.
Después, de aquí a allá, como cualquier granuja;
le crece a la intemperie pelambre en las tetillas
y Pedrarias medita "mozo de pelo en pecho";
en la noche, silbando como ladrón, zaquea;
su nombre es como una banderola en las lanzas
que ponen retemblor en los oscuros pechos;
él enciende, lo mismo que un cigarro, los ranchos
para su regocijo de cavador de miedos;
en el indio, que sabe morir como los pumas,
se taladra un camino su espada de torero

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

y en esta tierra de árboles de mil años
en donde los pájaros golpean, sin querer, en el cielo,
donde se encuentran hojas que hacen soñar
y hierbas que ablandan los colmillos de las fieras
y el viento es el único potro
—potro de cinco años aturdido por la noche montada a pelo—
por un solo espigón de metales
el hombre de Castilla cava como los perros
y para esparrancar a cincuenta mujeres
tacta el escapulario y hace cruz con los dedos.
Así, Sebastián de Benalcázar (granuja)
se hizo conquistador en lugar de torero.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Estabas casi triste, lo mismo que los cerros anochecidos,
cuando, como mala noticia, mi nombre entró en tu casa.
Barrio de panaderos el tuyo, pequeñita;
te habían lavado la cara todas las madrugadas de tu vida.
Yo trepaba tu barrio, cargado de esperanzas,
casi en la noche, cuando los artesanos vuelven,
sin fatiga,
lo mismo que las casuchas pardas que orillean sus calles

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

y donde Quito tiene la salud de una vendedora de naranjas.
Mi silbido horadaba el silencio,
a tu puerta era como una mano;
de pronto concluía mi soledad el abrirse de tu ventana.
Sé que me remedaban los pasos al regreso
por la noche sin alguien
y los cinematógrafos estaban cerrados como libros nuevos.
Te alabaría con entusiasmo
si no tuviera un poco confundido tu recuerdo;
pero te digo, chica, ante los panaderos de tu barrio,
que fuiste una claraboya de mi vida.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Ventana encendida, único amor de este libro;
mujer aquí, tan cerca de mi sueño,
sin nombre,
distinta de los caminos y de las canciones.
De tarde en tarde,
apoyado en la barandilla de sus brazos,
he visto salir la noche del fondo de sus ojos
y pedacearse las estrellas.
Hablé con ella cosas ingratas y difíciles
como mi alma,
como las cruces de los muertos,
como el adiós que nos despedaza,

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

como las vigilias apedreadas de recuerdos;
puse el oído en su corazón
y cantándola le compré esta tristeza
que llevo como una flor de orquídea;
aprendí a mirar el cielo en su fondo,
divisé su ternura
diciéndole "amor mío" en la boca, a que no se extravíen las palabras,
y descubrí en su cuerpo el sitio de mis manos.
Yo fuí el hacha de su tronco
en la habitación donde sus gritos revotaban
como el golpear de los martillos en las cruces de los ladrones
y, en ese mismo rato, cuando ella ¡mujer querida!
era tan sólo el blanco de los ojos
de mi pecho agitado voló su primavera.
Ahora en los mismos sitios le pondrán otros besos;
sin embargo, los días no pasan por su ausencia
y en su memoria me veo un pobre hombre
igual a un panadero enamorado.
La distancia, importante como los figurines,
me ha ido cambiando sus retratos,
pero aún es mi centinela cuando me duelen los recuerdos,
mujer todavía tan cerca de mis sueños,
todavía.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Guitarra
que, en la noche de San Pedro, te dejas amansar como un pájaro
por las manos de un negro.
La calle aún recuerda de cuando las chamizas eran lenguas de fuego
y, al chambonear de un canto arisco,
los muchachos saltaban hasta el cielo.
Guitarra
que el lacito de cinta de tu brazo nos ayude la esperanza

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

cuando tu hueco suelte el canto
en esta noche embanderada como un Veinticuatro de Mayo.
Guitarra
enantes te tanteaban como a hembra
ahora te arrumban como santo,
ya tienes corazonadas de negro
y eres tramposa como naipe amarrado.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Madrecita,
cada día se desmorona mi esperanza;
entiendo que te irás para siempre
y ya no tendré pañuelo para mis lágrimas.
Ah, qué alegre sería el irnos juntos, tú y yo, para siempre,
mordiendo la última esperanza.
Y que no se repartan nuestros recuerdos, madre,
que dejen abiertas las ventanas

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

a que los saque el viento que derrumba los árboles
y encabrita las caballadas;
y en una de esas noches que vengamos a recorrer la casa
la encontraremos, a la pobre, viejecita como tú y apoyada.
Cualquier día de estos nos iremos, tú y yo, madrecita,
definitivamente;
tú estás confesa en la oración de la mañana,
es como un cometa al viento de Dios tu esperanza
y yo me aburro, para siempre,
de espantapájaros de la chacra.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Iglesia de la Vera-Cruz,
pegada allí, en la peña, procura no caerte;
todos los vientos te han lamido las piedras
desde que tus tapias empezaron a dialogar con el cielo
y los pájaros descubrieron el alba sobre tu techo alicaído.
Te hicieron choza para que viva Dios.
Tu amistad viene de lejos y es, como una calle, clara:

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

quemaste el corazón de los indios
lo mismo que la helada quema las sementeras,
les hiciste morder una oración,
les enseñaste a esconder una mala palabra,
con un signo de muerte les cerraste la boca,
aún a la esperanza que quema los ojos y consume,
te repartiste su caudal de alegría
hasta cuando achicaron su horizonte los andamios del Gólgota
de donde Dios está mirando a las almas.
Hoy sólo te alegra el pecho un canto de muchachas en el mes de María,
un canto pedigüeño de las naranjas,
y de los libros de cuentos,
y de las estampas en colores,
y del amor del cielo.
Hoy eres el Belén,
aunque has votado la paja brava que te ponía algo de cerro
—felicidad de pura luz como una procesión de Pascua.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Ahora que está el patio de domingo y no hay ropa lavada
y en los barriles no se quiebra el cielo
y los niños —caracoles terrestres— cantan de lado a lado
con los trompos borrachos
y las bolas que guardan estrellas de colores,
usté y yo, vecina, nos podemos fiar un gran cariño
y decir, por ejemplo, deme un beso;
usté buena como un periódico en las mañanas
en el instante que la criada nos obliga a echar ancla en la vida,
yo, inquilino de una tristeza
por esa mujer pálida semejante a la palabra MUERTO.

La calle está de a pañolón de fleco.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Tiene usté unas manos dignas de atar el nudo de mi corbata,
por la presencia de su boca ya no chisporrotean mis recuerdos,
solo usté aparece a mi lado en las conversaciones,
como los parientes en las fotografías
con una dedicatoria afectuosa para el amigo del alma,
y detrás suyo una familia radiante
quee conoce la utilidad de los palos de fósforo
y mira hacia el cielo para hablar:
"se ha muerto el Ambrosio como perro
sin siquiera una cruz entre las manos".

No sé hacer la alabanza de sus ojos,
pero estamos juntos en la tarde que se ovilla
y mi alegría sube y le muerde los senos.
Junto a usté me olvido de las constelaciones
y estoy, tan solo, ahí y en ninguna otra parte
sin voz, como los muertos, porque tengo dos manos
y un deseo en el único sitio que está el deseo;
sin embargo, querría que me encargue su corazón
para guardarlo en la esquina de mi pañuelo
en el fondo del bolsillo del pecho.
Así estaré tranquilo como los toreros en las calcomanías.

Los focos en la tarde son como forasteros.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

La Calle del Correo nunca nos trae nada.
Alguna vez, una mujer del Sur se detiene un momento
y se mete en el agua de montaña de nuestros recuerdos
para valdear su vida, poblada como un barco.
Nos espera el teléfono y la charla sin brújula
y la luz que llegó de las colinas para pintar los cuerpos.
Ahora el amor nos hace reír como una broma
—fruta para los niños—

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

y antes es la baraja, el salto o el cinema,
la tienda de perfumes, la flor o el baratillo,
antes el relojero o el cartel de la esquina
y los escaparates, los dulces o el tranvía.

Aquí yo, allá ella y su muestrario de telas,
su intimidad de almacén
y sus letreros de luz eléctrica
donde se apaga el firmamento, buenamente, como una vela.

Calle del Correo,
sois como un día de fiesta, con cachacos, en el patio del colegio;
no me meto con vos porque le achicas a mi arrabal con luceros;
sé que tu dicha me es extraña como un aviso de tienda
y que tu esfuerzo de luces hará la eternidad de mi tierra.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Luz que a la calle yapan los zaguanes
para las hijas de los artesanos
que apagan, de noche, en los umbrales de las puertas
la candelada de sus bocas;
luz de esquina, íntima de las charlas
donde picaba enantes la sal de los abuelos

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

y hoy chambonean las palabras;
luz de calle, casera de los tranvías,
pedigüeña de los letreros
absurdos como la queja de mi pecho;
luz de plaza como para arrimar una tristeza;
patio con luz de estrella.
En una encrucijada del cielo
me espera una casa con luceros y ventanas a la calle
—en cada esquina un ángel—;
yo le he pedido a Dios que encuentre ahí a mi madre.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

del cielo

Este vendedor de periódicos que tiene un vozarrón
como si hablara por el agujero de un puro,
que vive en lo más alto del arrabal
en donde los focos se confunden con las estrellas
en medio de la noche,
está contento de que Dios permita los periódicos
y los cuadernos de canciones

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

y, por esto, los nombra casi con alegría
lo mismo que, otro tiempo, nombraba a su madre
cuando decía una oración igual que se chupaba un caramelo.
Al robarle la muerte sus recuerdos
—él estará tan sucio como ahora—
no le será posible gritar esta noticia del periódico
luego, le pondrán el cielo en el plato
¡para toda la vida!
y él estará contento
si es que Dios le permite aprender las noticias de los ángeles.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Estoy pensando: fuí un buen ladrón de frutas,
forastero de este cariño sufrí la pasión de los canastos
—¡qué alegre encerrar una manzana, grande y rosada como un sueño!—
El cuidado de las vendedoras me amarraba las manos,
entonces las empujaba mi deseo
como si se arrastraran debajo de una ropa de mujer;
cuantas veces las descubrieron yo las abandoné, distraído,
como si me fueran extrañas

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

y nunca se me pintaron las mejillas.

El viento silba este rato como un ladrón.

Ah! ¿para qué nos crecieron los dedos que te remedan
¡cruz de alas puras!
mientras tu señal nos duele en el pecho?
para robar las frutas, húmedas como la boca de ella.
Estoy pensando: fuí un buen ladrón de frutas
hasta cuando la Rosa me sorprendió comiéndome su boca.
Ahora no puedo soltar ese recuerdo.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Aguarico, ¡cómo estás de aburrido!
te han desembanderado de fiestas,
ya no te das de guapo los domingos;
eras como uno de esos cholos bravos jugador de pelota
y gritón de cantina y pelea de gallos,
que la gente le hacía una bomba para verle, asombrada,
si apretaba el coraje en la boca

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

o si el poncho, alegre, se echaba a la espalda;
y ahora está de aburrido que ya no hace el domingo.

Desde niño corrí tus veredones, barrio del Aguarico,
te conté un árbol y, custodiando cada rama, un trino,
me desveló con los primeros cuentos ese viejo soldado de los godos
y me cayó en el pecho, de una ventana, mi primer recuerdo.
Has crecido a mis ojos. Tenías cuatro casas
y unos hombres de a poncho y con guitarra,
hoy se despierta el lunes en el pueblo
y te encuentra cargado de trabajo
y regando un sudor hediondo el cuerpo.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

d e l c i e l o

Anoche ha muerto el barquero, dice el periódico,
y ya no recordamos su voz alicaída como su sombrero,
nos quedamos con las cosas que él más quiso,
las que fabricaron su caudal de esperanza, de dicha y de tristeza,
y que ya no puede tener a la mano sino en sueños.

Aquí está la barca donde rindió su trabajo

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

y el agua ligera y sensible que tajaron sus remos,
aquí los árboles que deletreaban en su presencia
y cuyas mil vidas se han vuelto una sola,
unidas por la raíz siempre tierna,
sin premura de acabar.

Pienso en que sus ojos palpan a Dios con ternura
y aplicada curiosidad de inmigrante,
que en los malecones repletos de ese país donde las vírgenes son vírgenes
remonta la corriente del recuerdo
como las piraguas, los nadadores o los buzos.
Pienso, también, en si su fracaso ahoga todavía en cigarrillos
como en el mundo, que le permitió esa salvación ligera
parecida a la amistad indescifrable de la luna.
Desde la tierra, exactamente igual a un túnel,
se ve el cielo con barcos de altas velas
y un Dios hermoso como las estrellas de cine,
pero sin noches esforzadas donde amarrar el aburrimiento
y dejar esta sed traída de no sé dónde,
venida de no sé dónde como los pájaros.
Y ahí está él, listo para zarpar en el cielo líquido
donde los peces tienen el color de la ausencia
y la eternidad es tan solo un viaje sin regreso.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

El sostenía el saludo y su significación fervorosa
y lavaba su boca con el elixir del buenos días;
cuando se proclame la revolución del Juicio Final
él nos conducirá en esa ciudad que habita sin esperanza
—esta es la casa de Dios; no se ven las ventanas,
pero hay alguien detrás que aguaita nuestros pasos—
y nos presentará a la sonrisa entusiasta de los ángeles.

Desde mi habitación, donde las puertas dejan pasar el cielo
y el tranvía sonámbulo se queja en la noche insegura
que crece, como los árboles, para el filo del alba,
mi memoria le busca, como a la flor de trébol entre la hierba,
vacilante e indigna de sus ojos tan tristes
que deben constar en esos itinerarios inconclusos
como la memoria de los filósofos, los acreedores y las viudas
que es un papel hecho pedazos en el aire.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Villa Encantada
no te cuelgan de los árboles el columpio de un sueño,
eres, aún, clarita como un campo
o la ropa limpia que en tus alambres secan las lavanderas
—pollera arremangada, seno puesto en el aire—.
Es como si salieran tus patios a la calle,
para dar vueltas, juntos, su alegría,

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

al brincarte los chicos desde las vereditas empolvadas.
Eres la última playa orillera del cielo
donde las enredaderas movibles pueden trepar por los umbrales
a encontrar al gorrión en los tejados,
y en que es lindo vivir en la amistad del río
y del techo retaco.
Yo sé que no te alumbran de gana
a ver si alguna noche sin gotita de luna
te derrumbas entre los brazos torcidos de la quebrada.
(Yo estoy, también, así, ah, qué gracia, estoy triste!
y cualquier *día*, buenamente, se me derrumba la esperanza)
Vas a tener que darme una mujer y un piano
para charlar de tarde
y hacer nuestra amistad de una brizna de cielo,
una fotografía para atajar la distancia
y la intimidad de un cuerpo
como una flor de jacinto para perfumarse hasta el alma.
Y, quizá, me apuntale este milagro,
esta alegría de niño que está robando frutas,
de conducir un amor, como un escapulario, en el pecho.

Villa Encantada
ya te cuelgo de los árboles el columpio de un sueño.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Nací en tus ojos una noche
corriendo a lo largo de la alegría
—después he visto una carta de mi primo:
"¿robas sandías como en nuestro tiempo?"—.
Desde ahí estoy alegre como un patio de escuela,
trabajo como un hombre
y en el mar negro de mi pipa se han ido a pique los recuerdos.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Opio arrabal

En tu pueblo los árboles hacen cosquillas al cielo;
sin embargo, te pareces a las quinuas,
cabes en el hueco de mi mano,
resignas la dulzura de tu cuerpo de niña
a que la mire Dios todos los días.

Tú debiste nacer extraordinariamente temprano,
cuando yo era todavía menos que un muerto
porque no se podía recordarme;
ahora me desvelo frente a tu imagen en la brasa del cigarro,
mis manos deberían hospedarse en tu cuerpo
pero tu condescendencia no sabría demorarlas
y es mejor admitir las noticias que me cuenta tu pecho,
torpe, distraído, como quien salva el honor de la patria,
pensando en que mañana vendrán las legumbres del pueblo
con la Marica.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

d e l c i e l o

Calles como los ríos en día de regatas
que turban los ojos campesinos
y, en las grandes mareas de la noche,
tambalean el corazón como una lancha.

Almacén de juguetes de la Pascua.

Las mujeres exponen una sonrisa nueva
en el escaparate del tranvía;

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

los fósforos de bengala de las estrellas
gravitan en los letreros de sus ojos.

Ah, cómo nos salpica la alegría!

La ciudad suspendida de cordeles de gritos,
como los ángeles de un hilo en las habitaciones
donde mujeres de pueblo, enternecidas,
alaban a un recién nacido,
hace creer durable el regocijo
cuyo eco coloniza nuestras más remotas tristezas,
entusiasta como las caderas y los senos
y el vientre inimaginable de las niñas,
y no alcanzará a decirnos ¡cuidado!
cuando la bulla trepe, espantada, hacia el cielo
y la noche se achique por ese mismo lado donde se mira el alba
y no podamos librarnos del mundo que nos retiene
—conciertos del tiempo indefinible—
aun cuando escalemos el cielo,
con la rabia sorda de los hombres pálidos,
en esta misma carne que tiene su pizca de dicha
y sus tres cuartos de hielo
con el que se embalan los muertos.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Los pájaros caían divididos el pecho
igual que ante las balas que recorren los bosques.
Todo como en los filósofos, los cuentistas y las abuelas
y el soldado godo que silvaba y me decía: amigo,
había que ver el tabaco encendido de sus ojos,
esos ojos que tienen los bandidos calabreses en las historias.

BIBLIOTECA NACIONAL QUITO

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

(De vez en cuando un vaso de agua para poder seguir).

Era el único árbol demasiado cerca del cielo,
tenía miedo al miedo como los niños
y su nombre cortaba el resuello como la presencia de un ladrón.
El sol se derramaba como una yema de huevo
cuando él entró en la muerte como un hombre,
junto a las lavanderas, las jirafas y los poetas que escalaban el cielo,
con la seguridad de quien pretende romper el cordel frío del tiempo
pensando: "no me matará el rayo sino la raya".
Dios estaba en él; él era Dios, si quieren,
pero los hombres de la tierra le partieron el pecho
por tener una historia que contar a sus nietos
y escribir en los libros y en los periódicos
y poder decir: tal año, cuando era yo pequeño.....

Nuestros hijos no preguntarán las fechas ni los nombres
ni irán a tocar los fusiles en los museos
ni harán la revolución entre dos tragos de aguardiente,
pero sabrán los trozos de nuestras canciones
cantadas en estos años duros como disparos
y alegres tan sólo como las muchachas alegres;

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

aunque ignoren cómo eran de desesperados los besos
cuando los hombres iban a partir en la noche, llevando ya su muerte en
(el pecho,
y cómo el "adiós" caía tan mudo en los traspatios
y ella se apretaba, lo juro, a la desesperanza
y al temor que se le iba a salir por el pecho.

Nuestros hijos no comprenderán por qué se ensucian nuestras manos
y por qué nos ponemos alegres como cuando se sube a los árboles
pensando en que don Gabriel rodó como una cosa
y le partieron la cabeza donde no estuvo,
como sucede con los ilusionistas en el circo.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Un día descenderé por los ríos,
profundos y flexibles como cuerpos de mujer,
con mi alegría de jíbaro en los bosques
verdes y bulliciosos como niños;
dejaré la plazuela de las tardes y la calle aprendida
por el Oriente pintado con pájaros de colores
donde se tiñen de repente los árboles
como el alcohol encendido.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Quito arrabal

La Plaza del Teatro guardará de mí un recuerdo
igual al de las manzanas agrias en los muchachos.
Los amigos de siempre
ya no sentirán resbalar mi charla por la noche
y la chiquilla que me prestó su familiaridad
no echará de menos mi acechanza;
el arrabal solito acaso se entretenga repitiendo mis pasos
y, hacia las ramas inmediatas al cielo,
lancen buenamente, en mi nombre, esas piedras que arrancan a las frutas
los hijos de los artesanos.
Yo que he formado mis brazos en la tierra
y he visto asomar mi cara aturdida y huraña
en esos lodazales donde encallan los barcos de papel,
yo que he hecho con la yapa de luz de los ocasos
mi soledad buena como una bandada de palomas
y que he cerrado mi puerta a la luna, más atroz que un mocoso,
y que he soltado con tristeza esos pájaros de papel
que no regresan nunca, lo mismo que los otros,
descenderé un día por los ríos profundos
—sin hacer caso al ojo idiota de las estrellas—
en cuyas orillas las serpientes de cuero de arcoiris
parecen abandonadas

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

como las amarras de los navíos que han partido.
No llevaré otra cosa más que mi pipa
para ser perfectamente sordo y mudo de conveniencia
(es suficiente la mirada
como esos papeles que conduce el viento donde quiere)
y un cuerpo de mujer amarrado al palo de colores del recuerdo.
Y, quizá, no lleve ni siquiera eso.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Barrio de la Tola a gatas por el cerro,
barrio donde primero amanece
para desbaratar el silencio
amparador de ese canto de mujer
que hace pensar en un vestido humilde.

La alegría de los muchachos callejeros

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

es una ganzúa que abre todas las puertas.

Los talleres se anuncian en la calle
con su música triste de silbidos
mientras los viejos traen el pucho de la tarde entre los dientes
y los rincones que hospedan las travesuras de los muchachos
reclinan un amor
que hace un domingo de la tarde.

Cuando saldrá del barrio esta pobreza, lo mismo que un gitano
y sobre la mesa patoja
—cantina, ventana que asoma a otro lado—
el naipe mostrará los más bonitos oros?

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

d e l c i e l o

Barrio de San Juan
sentado a la puerta como las mujeres de los pueblos,
se te suben a los hombros los pájaros
para picotear tu alegría.

Aquel era otro tiempo, como dicen las viejas;
sin embargo, ahora tienes una ración de júbilo:
te han pintado rayuelas en las calles

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

y te juegan a las cuatro esquinas
y los ángeles bajan a tí como a un patio.

Hoy estás de puntillas como para espiar a Dios,
mañana tenderás la mano para pedir una yapa de cielo.

Lindo vivir el tuyo
de compadre de las guitarras
y de las canciones sencillas como luceros.
Lindo vivir el tuyo, apegado al trabajo.

Barrio de San Juan,
escalera por donde sube al cielo la ciudad.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Hombres y mujeres juntos,
hombres y mujeres haciendo historias para más tarde,
cuando los días sean largos,
cuando los años sean duros sin esa dulzura de estar los dos
y haya que buscar un recuerdo para acompañarse.
No lejos de los ojos tenaces de las ventanas
ni de los ladrillos que descienden desde las techumbres envejecidas;

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

junto a los chicos cuya patria es un charco
y que se alegran como las gallinas entre el estiércol;
por donde nadie había pensado encontrarles,
por donde las calles se parecen a los patios
y la amistad es una cosa para hacer y deshacer cada día;
pero nunca muy lejos de los comentarios de los transeúntes,
hombres y mujeres, torpes, amándose,
hombres y mujeres destruyendo esas cartas descoloridas
que hasta enantes tenían su rincón oculto en el pecho
y que ya no podrán ser leídas ni en los aniversarios,
esos aniversarios con que se halaga un instante al amor muerto.

Qué cosa más oronda arrimarse a una esquina,
buscar con el silbido una cabeza tierna
—oh!, la mujer que viene amarrada a un silbido—,
asomarse a un zaguán para estar mudos
y cogerse las manos
y hablar de quien llegó antes
y decirse a la boca que el amor es eterno!
Qué cosa más oronda que el olvido,
que la palabra sucia del hombre sudoroso,
que la inexplicable traición del pájaro a la rama!
Qué cosa más oronda que decir: mujer mía,

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

te amo como a los cestos de uvas, como a los trenes;
muy atento a su ombligo que es la raíz del cielo
y a esos rincones donde se hunden las caricias
que ruborizarán hasta el llanto,
que inundarán los sueños
hasta esas hilachas que se quedan en los ojos.

Hombres y mujeres juntos.
Ah, cuando les atropellen los recuerdos!

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

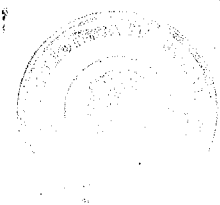
Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Ciudad,
me dan ganas de recoger todos los pasos que te he dado.
Te derrumbó mi risa muchas veces,
pero la vigilia de mi esperanza te situó en el recuerdo;
ayer, mi mano moza te dibujó en mi pecho,
pero hoy, de adrede, te borraría con el codo;
charlé sostenido con tus calles
y se ha desmoronado mi ventana como una amistad vieja;

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

ya no volteo al gorrión de la mañana con el catapultazo de un silbido
ni el arrabal me saca la tristeza a la cara;
aunque no me importa, comprendo que te has quedado con mi risa
y no me devolverás el recuerdo.

Ahora ya no soy hombre de ciudad y busco la intimidad de mi casa
y me basta la dicha de su patio para no privarme del cielo
y hacer, alguna vez, un verso
y echado en él, boca arriba,
repartirme entre sus cosas chicas cuando muerto.



Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"